



SEÑORES:

A NOMBRE de la Escuela de Agricultura y Veterinaria vengo á ocupar un momento la tribuna del luto, para hacer patente á la Escuela Nacional de Medicina la profunda pena que aflige al Cuerpo de profesores de aquel establecimiento por la dolorosa pérdida que las ciencias médicas han sufrido en el fallecimiento del virtuoso y sabio Dr. D. Miguel Jimenez.

Pero no es solamente á la Escuela de Medicina á quien la de Agricultura eleva sus más sentidos pésames; es á la sociedad mexicana, á la humanidad entera á quien se dirige por medio del último y más humilde de sus órganos, para expresar en esta funeraria solemnidad su duelo intenso, que el lenguaje ni aun podría bosquejar.

Parece que en estos momentos de dura prueba y de profunda desgracia para nuestra pobre México, el génio de la desolacion deberia respetar por lo ménos, aquellas frentes circundadas por la ciencia, que el trabajo y las vigiliass han hecho palidecer; pero por lo contrario, su mano destructora, ávida de víctimas y de lágrimas, desgarras sin piedad la vida ilustre de los héroes y de los sabios.

Con efecto, Señores, de algun tiempo á esta parte notamos que el círculo científico de México se estrecha dia por dia; sus miembros más importantes, sus paladines más esforzados sucumben á los golpes de la muerte, hundiendo entre el polvo sus frentes ceñidas de laureles.

Hoy, bajo esos fúnebres crespones contemplamos el cadáver del inspirado clínico, del hombre hourado, del maestro de los maestros, que cual tabernáculo santo guardó por tantos años las tablas de la ciencia.

Una generacion que pasa y otra generacion naciente, lo miran con respeto á través del velo de lágrimas que cubre sus ojos, y le dan con dolor su eterna despedida.

Ya se fué. la lámpara brillante que durante largo tiempo iluminó al mundo del saber, se ha extinguido para siempre. Añadamos una página negra más al libro de la ciencia y una nueva palma al libro de la inmortalidad.

Dr. Jimenez: el aura de virtud y de saber que circundó tu vida, siempre me separó lejos de tí con religioso respeto: pero á lo ménos en el instante supremo, en el momento de colocarte sobre tu lecho de gloria, yo, pobre átomo perdido en el inmenso mundo de la ciencia, he tenido la dicha de ser designado por mis hermanos para decirte nuestro postrer adios, para darte nuestra postrer mirada de cariño, y para regar con una lágrima tu tumba.

José E. MOTA.



SEÑORES:

ORGANO humilde de la Junta Médica del «Hospital Municipal Morelos,» vengo á desempeñar la triste comision de asociar mi dolor al justísimo y profundo que hoy aflige á nuestra sociedad, y especialmente á la Escuela de Medicina, por el doloroso fallecimiento de uno de sus más ilustres fundadores: el Sr. Dr. D. Miguel F. Jimenez.

El lúgubre aparato que nos rodea, la tristeza y el dolor que nos abruma, las lágrimas ya prontas á brotar de nuestros ojos, todo, en fin, nos anuncia que asistimos á una de esas ceremonias que nos llama á cumplir con el más doloroso, á la vez que sagrado deber: la despedida que damos al que baja á su sepulcro. Acaba de extinguirse la esplendente antorcha que por tanto tiempo iluminó el camino de las ciencias médicas; la muerte ha cerrado aquellos ojos que tan profundamente penetraron sus misteriosos arcanos; helada y yerta yace aquella mano inteligente que recorrió más que otra alguna el velo en que aún se encuentran envueltos muchos secretos de la organizacion humana. Aquella inteligencia gigante cuyo atrevido vuelo jamás encontró obstáculos que no venciera, merced á su constancia inquebrantable y á su genio privilegiado, voló, voló como el precioso perfume que se escapa del vaso que lo